

LA VUELTA DE LOS DÍAS



¿QUÉ SIGNIFICA PARA MÍ ESCRIBIR EN ESTONIO?

JAAN KROSS



Nacido en la capital de Estonia, Tallinn en 1920, año del nacimiento de la primera república de Estonia —que duraría hasta el pacto infame entre Hitler y Stalin—, el joven Jaan Kross se matriculó en 1936 en la facultad de Leyes de la Universidad de Tartu, cuna histórica de la cultura estonia. Después de licenciarse en 1944, las autoridades alemanas de ocupación le encarcelaron por "actividades de resistencia". Se libró de la cárcel con la llegada de los soviéticos al poder, pero este mismo poder, después de dejarle ejercer algunos años la docencia de leyes en la universidad, le encarceló de nuevo y en 1948, entre docenas de sus colegas y miles de sus conciudadanos, lo deportó a los campos de concentración y destierro en Siberia, donde permaneció hasta 1954.

Como escritor, Jaan Kross se dio a conocer en la época de Jruschov, con los aires liberalizadores que alcanzaban sobre todo a la parte más occidentalizada del imperio soviético: las repúblicas bálticas. Publicó una serie de poemarios donde se reveló como uno de los pioneros del todavía polémico verso libre en la poesía estonia de posguerra. Siguiendo las huellas expresionistas de los poetas comunistas alemanes, Johannes Becher y Bertolt Brecht, mostraba un optimismo histórico, basado en los valores racionalis-

tas y dialécticos que latentemente criticaban los dogmas y criterios deshumanizantes de todas las dictaduras, incluida la soviética.

A fines de los años 60 Jaan Kross abandonó la poesía, donde difícilmente podía rivalizar con la nueva sensibilidad aún más dialéctica y radical de los talentosos jóvenes poetas —hoy también considerados ya como "clásicos modernos". En cambio llegó a cautivar al público con un breve libro en prosa, titulado Cuatro monólogos a propósito de San Jorge (1970). No fue tanto el argumento de la obra lo que causó impacto —el ensayo de evocar un episodio de la vida de Michel Sittow, pintor oriundo de Tallinn, que a finales del siglo XV se hizo retratista de la corte de los Reyes Católicos de España— como el modo de narrar: Jaan Kross resucitó a sus personajes a través de sutiles monólogos interiores que paulatinamente suprimieron la técnica tradicional— iluminaban su vida íntima y su ambiente social e ideológico.

Como Stefan Zweig (al que tradujo al estonio), Kross centraba sus novelas en el terreno de la cultura: casi todos sus personajes principales tienen que ver con el proceso histórico de la identificación cultural del pueblo estonio. Sin excepción se ven atormentados por unos dilemas históricos que al mismo

tiempo son dilemas universales: el hombre entre el poder y el espíritu, entre el destino individual y colectivo.

El éxito general no se hizo esperar. A partir de los 70 sus novelas fueron traducidas en los países del este de Europa, mientras el principio de los 80 marcó para Kross la "apertura" a Occidente. El loco del zar (1978), fue traducida ya a una docena de lenguas. En los últimos años, autor ya de nueve novelas y varios libros de relatos, ha sido uno de los candidatos más sólidos al premio Nobel. El loco del zar, en la cuidadosa versión de Joaquim Jordá para Anagrama, es la primicia de la novela estonia en castellano.

J. T

El escritor de un pueblo minoritario es ante todo —en términos generales— un miembro de esa pequeña comunidad. Lo es desde su nacimiento y aun mucho antes de que adquiera para sí y transmita a los demás, como escritor, la conciencia del presente y del futuro. De suerte que si meditamos sobre los problemas del escritor de un pueblo minoritario, tendremos que partir de la problemática de pertenecer a una pequeña nacionalidad. Y si tal problemática se da, tiene que serle conocida desde

que su madre lo amamantaba.

Pero ¿en qué medida se plantean semejantes problemas?

No es mi propósito generar ni negar esa problemática. No obstante, me basta recurrir a algunos recuerdos de mi infancia para tener que admitir su existencia. Por lo menos en lo que se refiere a mi formación personal.

Recuerdo que ya tenía edad de poder leer los periódicos y, sin embargo, me orientaba ante el mapamundi con la insuficiencia que se desprende de lo que ahora relataré. Había leído en el periódico que Tallinn, donde vivíamos, se encontraba en la Estonia del Norte. Y entonces descubrir en el mapamundi que existen dos Américas: la famosa América del Norte y, de un tamaño similar pero con forma de jamón, la América del Sur. Y deduje para mis adentros, con no poca satisfacción, que eso significaba, ni más ni menos, que más al sur, debajo de la mancha verde donde se situaba Tallinn, debía de encontrarse otra mancha de un tamaño similar: la Estonia del Sur. Y busqué esa Estonia del Sur, esa ampliación de mi patria, en todos los mapas, sin dar con ella. Allí sólo aparecían Letonia y Lituania, que yo ya sabía que eran otros dos países distintos. Y me sentí profundamente defraudado al darme cuenta de que Estonia no era el doble de lo que yo había supuesto, de lo que por un instante había imaginado.

Durante algún tiempo —jera obligado hacerlo!— seguí dándole vueltas a mi error hasta convertirlo en una ventaja: el Grande no era necesariamente mejor que el Pequeño. Al contrario: el Grande, si acaso, era peor. No en términos absolutos, por supuesto, ni siempre. Había que aceptar que el Grande, en la mayoría de los casos, y al menos en el plano principal de la realidad, era más poderoso que el Pequeño. Pero el Grande, sin duda, era más ordinario, más gris, más aburrido. Y pertenecer a una gran

colectividad o a un pueblo grande no resultaba, ni mucho menos, tan interesante como ser miembro de una pequeña nacionalidad. Del hecho de ser pequeño se podía obtener incluso uno que otro provecho. Recuerdo que después de los Juegos Olímpicos de 1936, casi todos los muchachos estonios de doce años llegaban a esta conclusión: teniendo en cuenta las medallas ganadas, los alemanes ocupaban el primer lugar, los norteamericanos el segundo, y los estonios el decimosexto; sin embargo, por cada millón de compatriotas suyos los alemanes habían obtenido tres puntos, los norteamericanos 1.6, y los estonios, ¡trece! Todos aquellos que entonces tenían doce años, ya sea en el cuerpo o en el espíritu, aseguraban que así debía ser la clasificación auténtica de la virtud de los pueblos... Por suerte yo ya había cumplido, por aquel entonces, los dieciséis, y mi actitud respecto al entusiasmo de los doceañeros resultaba algo más crítica.

Mis primeros escauceos literarios (entre 1937 y 1940) no estaban, ni mucho menos, marcados por el propósito de convertirme en escritor. Por tanto, en aquella época era ajeno a los problemas del "escritor de un pueblo minoritario". Y aún menos (o aún más): todos los que estábamos destinados a ser los futuros escritores de Estonia teníamos que convertirnos, podíamos convertirnos y de hecho nos convertimos no sólo en escritores de un pueblo pequeño, sino de un pueblo pequeño que, además había perdido su Estado. Y los escritores de ese pueblo tenían muchos problemas, y muy específicos. De modo que los problemas generales comunes a los escritores de los pueblos pequeños quedaron absolutamente ensombrecidos por unos problemas mucho más concretos.

Por problemas generales de los escritores de un pueblo minoritario entiendo, sobre todo, los problemas eternos y permanentes: tu público

lector es sumamente reducido, sólo en raras ocasiones puedes vivir de tu trabajo literario, sólo excepcionalmente puedes saltar por encima de las barreras del idioma, y la repercusión de tu trabajo en el universo mundo queda reducida prácticamente a la nada.

En nuestro caso, los problemas del escritor de un pueblo minoritario que se había quedado sin Estado eran aún mayores. En Estonia, a partir de los años cuarenta estos problemas resultaban irresolubles: nuestra literatura sólo podía representar, en un sentido filosófico, el colectivismo socialista, y en un sentido político, el imperialismo estalinista. Y ambos eran completamente ajenos a nuestro individualismo escéptico y rural. Ajenos ya sólo por el mero hecho de haber sido impuestos mediante la violencia y en contra de nuestra voluntad.

El escritor estonio sólo podía permitirse decir entre líneas algo que contradijera a la ideología oficial, o que la ignorara, lo que en esencia era una manera de oponerse a ella. O bien aprovechar las ocasiones en que la censura cerraba un ojo. Hay que decir, en honor a la verdad, que tales ocasiones no escasearon en Estonia. Yo mismo he de reconocer que la aparición de alguna de mis obras se debió, con toda posibilidad, a la concurrencia de ese fenómeno.

Por supuesto, en la URSS los escritores rusos y la literatura rusa también fueron reprimidos. Pero, obviamente, menos que los escritores pertenecientes a las literaturas minoritarias, y eso por la sencilla razón de que el nacionalismo ruso había estado presente desde buen principio en el origen secreto de la Unión Soviética, oculto y disimulado tras la palabrería internacionalista, mientras que la disidencia nacionalista y el separatismo que emanaba de ésta eran característicos únicamente de las denominadas minorías étnicas de la URSS. Por este motivo, la represión no sólo al-

canzaba a los textos, sino también a sus autores. Primero por parte de los rusos, después por los alemanes, y luego de nuevo por los rusos, la intelectualidad literaria de Estonia —sobre todo a partir de los años cuarenta y hasta 1955, pero luego también, de manera más paulatina y sutil, hasta 1985— fue expoliada del siguiente modo: cinco o seis escritores fueron condenados a muerte y fusilados; alrededor de doscientos cincuenta acabaron con sus huesos en prisión (condenados a penas de cinco y hasta veinticinco años) o fueron deportados a Siberia; en la mayoría de los casos sin plazo fijo. Una docena de los que allí marcharon forzados, jamás regresaron. Una tercera parte de los que pudieron quedarse en Estonia huyeron a Occidente, y tampoco regresaron.

Si proyectáramos estas cifras a la escala correspondiente a España, deberíamos multiplicarlas al menos por veinte.

Los problemas habituales de los escritores de un pueblo minoritario reaparecieron en nuestras vidas en la década de los noventa, es decir, a partir de la recuperación de nuestra independencia. Y no con la normalidad y la moderación deseables, al principio, sino de forma febril, post-revolucionaria.

El viejo sistema estatal, basado en la centralización absoluta, con el que habían estado funcionando las editoriales, se derrumbó de la noche a la mañana como un castillo de naipes. Nuevas empresas editoras, e incluso editores particulares, surgían aquí y allá como setas después del chaparrón; pero, faltos de capital y de experiencia, se iban desvaneciendo con la misma rapidez. Los precios del papel se pusieron por las nubes, y con ellos los precios de los libros. Estos, durante la época soviética —vale la pena decirlo—, eran absurdamente baratos y feos. Luego, como resultado del aumento de los costos, se redujeron las tiradas hasta la mitad en el mejor de los casos, o a una tercera parte, e incluso a la décima parte de las que antes habían sido normales y, sin duda, desmesuradamente grandes. Los escritores, incluidos los disidentes —auténticos o sólo a medias—, que hasta entonces habían sido el orgullo secreto de la cultura nacional, en el contexto de esta nueva situación debieron asumir que ya no eran unos ídolos domésticos, y aceptar la dura realidad: se habían convertido en unos trabajadores más, cada uno dentro de los parámetros (y al principio aún por debajo de ellos) de su talento personal, en medio de la turbu-

lencia en que se hallaba sumida la sociedad. Uno que otro colega comentaba: "Ahora es cuando van a conseguir que se extinga la literatura estonia...". Pero en apenas dos años ha quedado bien claro que la literatura nacional, incluso en un país pequeño y complejo como éste, puede ser un organismo sorprendentemente resistente y capaz de regenerarse, si para ello cuenta con el estímulo de la desaparición de una censura empedernida y paralizadora.

Ahora sólo hemos de arrastrar las penas propias de toda literatura minoritaria: El aislamiento lingüístico, la falta de atención con que el mundo suele tratarnos y ante la que solemos encogernos de hombros, en lugar de hacerle frente con todos los medios a nuestro alcance sin exceder el ámbito del buen gusto. Y lo más esencial en esa tarea común ha de ser la medida: emplear únicamente el tiempo necesario e imprescindible en los debates y las discusiones para hallar entre todos esos medios. El resto del tiempo hemos de quedarnos en casa —cuanto más pequeño es el pueblo al que pertenece el escritor, más tiempo debe recluírse en casa, ante su escritorio— para crear obras meritorias. ■

TRADUCCIÓN Y NOTA DE JÚRI TALVET

EL CANON ESPAÑOL

LUIS LANDERO Y JAVIER MARÍAS

Entrevista con Laura Freixas



El debate sobre el canon continúa; hemos querido traerlo al terreno de la literatura española. ¿Nos ofrece todo lo que buscamos? O, por el contrario, ¿es una tradición —como se viene diciendo desde los años 60— insuficiente, inservible, irremediadamente

trasnochada? ¿O quizás el problema no es la historia, sino la selección que se hace de ella, es decir, precisamente, el canon? ... Javier Marías y Luis Landero, representantes respectivamente —o eso podría parecer— de la actitud comopolita versus una litera-

tura más arraigada en lo hispánico, debaten la cuestión. Ese fue, por lo menos, el punto de partida de una entrevista que acabó versando sobre lo divino y lo humano.

Una de las características más llamativas de la nueva narrativa español-

la, por lo menos en sus inicios, fue el rechazo a la tradición literaria nacional y la búsqueda de modelos extranjeros. ¿Ustedes comparten o comparieron esa actitud?

JAVIER MARÍAS: Mi generación, los que empezamos a publicar en los años 70 —me refiero a gente como Azúa, Mendoza, Gimferrer, Montalbán, Panero, yo mismo, todos muy jóvenes entonces—, mostramos efectivamente cierta beligerancia contra la literatura española, sobre todo la inmediatamente anterior. Había motivos políticos, asociábamos todo lo español con la infancia gris que habíamos pasado, y la adolescencia atemorizada, ese miedo a que te vinieran a buscar a las 5 de la mañana porque habías tirado un panfleto en la Facultad...

LUIS LANDERO: Esa beligerancia es un producto de época, que ya se da en los años 60, con la aparición de *Tiempo de silencio*, con autores como Benet, Goytisolo, que reaccionan contra el realismo menesteroso, tan prosaico y tan pobre, de los años 50... Reaccionan también contra el aislamiento de España, intentan aclimatar aquí la gran novela americana y europea de los años 20 y 30.

J.M.: El vínculo que se nos ofrecía, el más cercano, era la literatura que se hacía aquí: el tremendismo, el objetivismo, el realismo social... en cambio nos faltó otra parte, que existía, pero había sido amputada, la del exilio: Ayala, Sender, Rosa Chacel...

L.L.: Es una especie de historia tartamuda la nuestra, que va a saltos, falta fluidez, continuidad... Corresponde a una historia jalonada por guerras y dictaduras. Por ejemplo, Fernán Caballero, con *La gaviota*, que es la primera en novelar después del romanticismo, tiene que partir de artificios de costumbres... Es una tradición que se rompe constantemente, se rompe en el XVIII, en el XIX se vuelve a romper, la generación del 98 también tiene

que reinventar la tradición, luego otra vez después de la Guerra Civil... No hay una tradición con la que conectar, por eso hay que volver a Cervantes.

J.M.: Por eso, y también porque Cervantes nos ofrece una novela, que es lo que precisamente falta en la tradición española. Antes decía que hubo motivos políticos para ese rechazo nuestro a la literatura española; y también generacionales, con cierta ingenuidad, aunque comprensible: cada generación tiene casi el deber de romper con los padres, si acaso conecta con los abuelos, que en nuestro caso podía ser la generación del 27... Pero también hubo motivos literarios. En mi caso, siendo novelista, debo reconocer, y lo mantengo aún hoy en día, que la tradición novelística española es muy pobre.

L.L.: Siempre se ha dicho que en España hay dos tradiciones, que había que elegir entre Quevedo y Cervantes, y se ha elegido más a Quevedo.

J.M.: Es más, yo diría que la tradición novelística española se ha hecho contra Cervantes, y eso en varios sentidos. A Cervantes se le ha interpretado mal: se le ha tomado como epítome del realismo y de lo español; eso es un disparate. El *Quijote*, para mí, es lo más irrealista que hay, lo más libresco, más cerca de Borges, si me apuras... y Cervantes es un español absolutamente extranjerizado por la influencia italiana, por su cautiverio... Por otra parte, la tradición cervantina no tiene continuidad en España: la tiene en Inglaterra, en Rusia, más adelante...

LAURA FREIXAS: A usted, Marías, se le ha calificado de *angloaburrido* (el neologismo es de Umbral), acusándole de utilizar una "prosa pálida y neutra", mientras que a usted, Landero, se le inscribe en la tradición picaresca y cervantina... ¿qué piensan de esas definiciones?

L.L.: Esas etiquetas son un producto de la pereza intelectual de España.

J.M.: Yo he sido traductor, y sé que todo es traducible y que al mismo tiempo la traducción es la prueba de fuego del texto (una de ellas, la otra sería el tiempo, evidentemente). En el fondo yo creo que la lengua es un elemento secundario, no creo que sea lo principal de un texto.

L.F.: Y usted, Landero, ¿piensa lo mismo?

L.L.: En la gran novela del XIX, la prosa es secundaria: Balzac escribe mal, Dostoievski escribe mal... Se puede escribir una gran novela en un lenguaje desalifado. La potencia narrativa está no en la frase, sino en la escena. Eso lo decía Ortega: leemos a Miró y decimos qué bien está esa frase, y ésta, y ésta... pero lo dejamos; en cambio a Baroja le sigues leyendo: el logro estético se consigue en 20, 30 páginas; cuando el logro estético depende de una frase, mal asunto. Un autor para mí muy querido, Kafka, no tiene ningún chisporroteo en sus frases, sin embargo tiene una fuerza... Para mí lo ideal sería buscar un equilibrio entre lo eficaz y lo bonito: la potencia lingüística al servicio de la narración. Eso fue lo que consiguieron los latinoamericanos, y también un autor como Cunqueiro: para mí es un modelo de cómo se puede contar algo y a la vez recrearse en el lenguaje. O un escritor casi invisible en España, que es Marsé.

J.M.: Mis autores predilectos son autores con una gran capacidad verbal, pero yo distingo entre el elemento incorporado y el adorno, la minucia.

L.L.: Hace poco releí ese ensayo de Steiner donde se habla de cómo se ha convertido en una especie de becerro de oro, so pretexto de sencillez, la pobreza lingüística, a partir de Hemingway. Es algo que hace verdaderos estragos. Steiner se pregunta: ¿cómo se puede escribir *Crimen y castigo* con el lenguaje de Hemingway? En autores jóvenes se está viendo mucho esa pobreza, no sólo lingüística, sino de concepción, de personajes, de situacio-

nes... Incluso en novelas como *Sostiene Pereira* de Tabucchi: me parece sospechosamente simple, y el éxito que ha tenido lo encuentro significativo.

J.M.: Shakespeare, por ejemplo: yo nunca tengo una sensación de gratitud, y lo mismo en Proust... Pero en la literatura española, lo que Benet llamaba *el estilo noble*, el estilo de empaque, que lo hay en Pascal, en Montaigne, en Shakespeare, en sir Thomas Browne, a quien yo traduje... en España no se ha dado, fuera de la poesía.

L.L.: Lo que hay es un cierto tipo de prosa, típicamente española, que se recrea en sí misma, que para novela no sirve, pero sin embargo es muy válida para otras cosas. Estaba pensando en Gómez de la Serna: sus novelas no me parecen novelas, en cambio su *Automoribundia*, o las pequeñas cosas sobre Madrid, son de una belleza extraordinaria.

J.M.: Lo que sí hay en España es una tradición narrativa, no novelística, que es maravillosa: los libros de viajes, las crónicas de Indias (Bernal Díaz del Castillo sobre todo) y las vidas contadas: Alonso de Contreras, Torres Villarroel, Diego Duque de Estrada... Pero eso se considera menor, se desdén. Entonces, el problema no es tanto de la literatura española, sino de quienes enseñan a apreciarla, de quienes deciden qué es lo que queda, lo que se estudia, lo que se reedita. El problema es el canon. A lo mejor es que yo tengo el gusto estragado, pero a mí lo que me interesa son esas corrientes subterráneas. En cambio considero menores los *Episodios Nacionales*, por ejemplo.

L.F.: Quedamos, pues, en que no hay una línea sostenida de novela, aunque sí de otras formas de narrativa. Y aparte de eso, ¿hay algo más que ustedes echen de menos en la literatura española? Por ejemplo, suele decirse que falta toda la gama de la literatura personal, y en general, intimismo.

J.M.: Se ha contado mucho que

no hay autobiografía en España, pero hay más de lo que la gente cree. A Zorrilla por ejemplo todo el mundo le juzga por el *Tenorio*, para despreciarle o adorarlo, y casi nadie sabe que tiene unas memorias espléndidas, y también, por cierto, algunos poemas como *Los relojes*, que es extraordinario... Lo mismo pasa con Mesoneros: se le desdén por las *Escenas matritenses*, pero tiene unas memorias que están bastante bien.

L.L.: La intimidad en literatura es muy difícil, se cae a veces en un tono confesional sentimentaloides, una filosofía de púlpito, que abunda mucho hoy en nuestra novela... Yo lo que sí echo de menos es una cierta finura, minucia, en el análisis psicológico, que encontramos en Conrad, o en *El Gatopardo*, o en tus novelas, Javier... Eso normalmente en la literatura española no se encuentra.

Si acaso en algunas obras aisladas: la *Vida* de Santa Teresa, *La Regenta*... pero no tiene continuidad, como en la literatura francesa, de *La princesa de Clèves* a Proust pasando por *Las amistades peligrosas*... ¿Y el diálogo? Es otra de las carencias que suelen lamentarse en nuestra literatura.

L.L.: Cuando mejor se ha escrito en España es en el siglo XVI. Pero es que entonces se hablaba muy bien, yo he leído por ejemplo actas notariales del siglo XVI, y uno se da cuenta de que el "escribo como hablo" de Juan de Valdés no es ninguna utopía... Qué elegancia qué naturalidad, hay en los diálogos del *Quijote*, o en el *Lazarillo*, en Santa Teresa, en Fray Luis. Era una lengua recién creada... Luego eso se pervierte en el barroco.

J.M.: La conclusión a la que quizás estamos llegando es que habiendo carencias, que las hay, en la literatura española, parece que todavía hay muchas más por culpa de la negligencia crítica. En cambio, los manuales te dicen que tal cosa es extraordinaria, y en cambio, uno intenta leerla y se da cuenta de que

no, de que eso no resiste la prueba de la lectura.

L.F.: Justamente Gimferrer, en su *Dietari*, observa que una de las cosas que los franceses han sabido hacer es separar el grano de la paja. Si hubieran pretendido hacernos creer que Anatole France está al mismo nivel que Diderot, por ejemplo, habrían perdido toda credibilidad. Parece que aquí eso no se ha sabido hacer.

J.M.: Eso es cosa de la Universidad, que decide quién permanece y quién no, a quién se sigue editando, a quién se estudia, a quién se lee... Yo no sé, desgraciadamente, hasta qué punto Valle-Inclán seguiría disponible en las librerías si no fuera por la enseñanza. Yo conozco el mundo inglés, que también es rígido, tiene sus santos inamovibles, pero va variando. Hace 10 o 12 años alguien como Stevenson no era muy considerado en el ámbito universitario, no estaba en el canon, no se hacían estudios, tesis, sobre él, y sin embargo Stevenson se seguía leyendo, y eso ha hecho que se le reevalúe. Ahora ya no se considera sólo un escritor juvenil; se leen sus ensayos, por ejemplo, que son extraordinarios. O sea que son más permeables. En España creo que es más rígido todo.

L.L.: Claro; tendríamos que leer los *Diarios* de Jovellanos, quizá con preferencia a Cadalso o Moratín... O al padre Feijoo, que es magnífico, su *Teatro crítico* es tan ameno, tan divertido, tan reflexivo, es una especie de Montaigne, a su modo. Yo siempre recomiendo a mis alumnos, cuando me dicen que quieren escribir, que lean el siglo XVIII, porque es donde confluye el lenguaje moderno con el lenguaje clásico. Si los franceses hubieran cogido al padre Feijoo habrían hecho de él un Diderot. En vez de eso, aquí no lo lee nadie. En España se ha hecho mal el escrutinio.

J.M.: Lo malo es que parece que no se sigue haciendo muy bien, tampoco ahora.

L.L.: Pero, ¿cómo se va a hacer bien en los suplementos literarios? Y además, los que debían estar a salvo de la moda, la Universidad, se dejan llevar por lo que dicen los suplementos. Es mucho más cómodo mimetizarse con la situación general del país que crear un criterio. La cultura de masas está invadiendo la Universidad sin encontrar ninguna resistencia.

J.M.: Cuando debería ser una escuela de discernimiento, al margen de la urgencia, al margen de la moda, al margen de las intrigas.

L.L.: De la Universidad deberían salir mentes preclaras que sirvieran de guía en momentos de confusión, pero generalmente cuando un profesor sale del ámbito universitario es para escribir en los suplementos, mimetizado con los criterios periodísticos, en lenguaje periodístico, con la *frivolité* periodística... Falta ese universitario que vaya a los periódicos pero que conserve autoridad, densidad de pensamiento... Falta un puente entre la Universidad y la sociedad.

J.M.: Lo único que conservan de la Universidad es que hacen crítica de libros como si corrigieran exámenes.

L.L.: Hay muchos críticos cuyas referencias intelectuales son cuatro tópicos mal aliñados, expresados además en un lenguaje rutinario... todo lo que van a decir es previsible.

J.M.: En la crítica lo más grave que está pasando, y es bastante reciente, es que yo cada vez tengo más la sensación de que la gran mayoría de los críticos en España son insinceros. Ya vamos siendo perros viejos y nos damos cuenta. Lees una crítica que dice que un libro es magnífico, pero notas que al crítico no le ha gustado... o al revés, habla mal de un libro y notas que le ha gustado, pero que no lo puede decir, porque hay que ajustarle las cuentas al autor, o porque escribe en el periódico rival... Y otra cosa, ese afán de pontificar.

L.L.: Esa es otra: el crítico que le perdona la vida al escritor, que le da lecciones, como si estuviera en posesión de un enorme secreto...

J.M.: Hace unos pocos años recuerdo más de un crítico de la semi-vejez guardia que se quejaba del estado de la novela en España, diciendo: ¿dónde están las novelas que hablen del paro, de la juventud marginada...?

L.L.: Esos son los Lukács españoles.

J.M.: El crítico que solicita eso tiene una idea muy reducida de la realidad. Quieras o no, cualquier novela que se escribe aquí y ahora dice mucho de lo que está pasando en el país, aunque parezca darle la espalda. No hace falta que sea deliberado, que haya intención de hacer un fresco... Ahora hay muchas novelas, que a mí me parecen oportunistas, sobre esta generación de revolucionarios que se han convertido en unos caraduras... esas novelas me temo que son las que no van a perdurar. Yo pongo siempre el ejemplo de *En busca del tiempo perdido*: pocas novelas hay menos realistas, y sin embargo la idea que nosotros podemos tener de la Francia de 1900 es la que nos ha dado Proust.

L.L.: Yo recuerdo como hitos las críticas que me han hecho descubrir libros. Recuerdo una de Conte sobre *Bella del Señor*, un libro que yo no conocía.

J.M.: Eso es lo mejor que puede hacer la crítica: contagiar la pasión por la lectura. 

© LATERAL

Carta de Madrid POLÍTICA DE ALTOS VUELOS

BLAS MATAMORO



Los años del *felipismo* sirvieron para acuñar, entre otras, la fórmula de la "ambigüedad calculada". El PSOE soltaba a la opinión pública unas consignas suficientemente ambiguas como para, en el momento oportuno, resolverlas en uno u otro sentido. La más famosa fue "OTAN de entrada, no", que no se

sabía si quería decir no entrar en la OTAN o no entrar antes de lo debido. Finalmente, como todos los gobiernos socialdemócratas europeos, el de España se quedó en la OTAN. La ambigüedad calculada consistía en que Felipe, supuestamente, conocía la solución del pretendido enigma y, oportunamente, la mos-

traba a la sociedad como lo único necesario y, por consiguiente, lo único políticamente razonable. En este juego de hacer dar vuelta al panqueque en el aire varias veces, antes de hacerlo caer en la sartén y acabar de freírlo, Felipe se mostró especialmente habilidoso.

Ahora, Aznar, en éste, como en

otros gestos de persona pública, intenta parecerse a Felipe. Ha sustituido la ambigüedad calculada por los llamados "globos sonda", que consisten en lanzar a la opinión pública, no ya una ambigüedad, sino una salida extrema, a fin de ver cómo respira el sector interesado, y decidir en consecuencia. No tiene Aznar soluciones preconcebidas que disimule con ambivalencias, a la manera felipista. Más bien, intenta obtener conciliaciones y síntesis de los embrollos que le montan sus ministros, disintiendo entre sí acerca de asuntos fundamentales, como el precio del dinero o la conveniencia de participar, antes que nadie, en la unificación monetaria europea.

La ambigüedad felipista estaba resuelta de antemano. Los globos sonda de Aznar, a menudo, parece que, más que remontarse con certeza técnica, se escapan de las manos de los personeros y empiezan a vagar por los espacios de la alta política, donde hay política y altura, pero no hay gente.

Desde luego, gobernar no es tirar líneas ni aplicar ideas, todo lo cual podría resolverse en trabajos de gabinetes muy sofisticados, en concilios de técnicos. Gobernar es tratar de conjuntar intereses contrapuestos, obteniendo unas salidas honrosas y equidistantes, que no suelen satisfacer plenamente a nadie. A ello, en el caso español, hay que sumar las peculiares condiciones y la pequeña historia que llevaron al PP a un gobierno de coalición con los catalanistas y los vasquistas, alianza difícil de concebir en los papeles de la pura idealidad política, pero que fue impuesta por la aritmética electoral.

Aznar no soltó globos sonda en su campaña electoral. Apostó firme por ganar con mayoría propia. Todo su discurso estaba dicho desde la soledad omnipotente de quien no cuenta con adversarios. Con los números a la vista, los adversarios más gordos —los socialistas— esta-

ban lejos de esfumarse del panorama, y los otros adversarios exigían ser reconvertidos, con rapidez extrema, en aliados.

Si Aznar consideraba a Felipe un prisionero político de los nacionalistas (notoriamente, de los catalanes), poco debió gratificarle ir a solicitar una renovación de las cadenas a Barcelona. El discurso aznarista resultaba sutilmente patriótico y españolista, apuntando el estado de disgregación y descomposición al que habían conducido los socialistas a España, en buena medida, por haber perdido la noción centrada de la nación española, que sitúa el centro del país en la Castilla fundadora y unificadora. El País Vasco y Cataluña, en esta perspectiva, eran "nacionalismos periféricos".

En un contexto más amplio, este razonamiento respondía a una postura solapadamente integrista de España: lo auténticamente español es lo que ha sabido integrar los trozos dispersos de la nación, someténdolos a una dinámica centralizadora, sin la cual España se dispersa, se deshace y desaparece (que es lo que, de última, ocurrirá con la unión de Europa, pero a causa de la dinámica opuesta).

Los socialistas, en esta primera versión Aznar, habían desencontrado a España de sí misma. En el fondo, los socialistas eran malos españoles porque el socialismo es una ideología ajena a España. El triunfo del PP lograría que España se reencontrara a sí misma en la forma política del Estado, y sus gestores serían, al fin, *los que deben gobernar a España por naturaleza*.

Luego, los resultados aritméticos de las urnas desdijeron tal naturalidad y corrieron el paisaje hacia el lado de los acuerdos y las componendas, es decir lo menos natural del mundo. Paralelamente, el discurso aznarista debió amoldarse con rapidez a las nuevas circunstancias, y así el PP descubrió los irresistibles encantos de la plurali-

dad española y el *charme* de las esencias profundas surgidas de Euzkadi y Cataluña.

Ahora, el gobierno se ve enfrentado con gestiones de baja rentabilidad política: disminuir el gasto sanitario, recortar pensiones, rebajar los impuestos al inversor y aumentarlos al consumidor, congelar los salarios de los empleados estatales. Aunque los indicadores económicos (inflación, empleo, precio del dinero, expectativa de solvencia ante el comprador de la deuda pública, etc.) son buenos, estas medidas alegran a pocos y entristecen a muchos.

Ante tales desafíos, los globos sonda y su política de altos vuelos, son un buen recurso, siempre que no se escape de las manos autorizadas la cuerda que puede volverlos a tierra. De lo contrario, se pierden en los espacios infinitos, poéticos espacios de la vacuidad política.

Con ministros de fuerte personalidad y autonomía de movimientos, Aznar se ve obligado a ser o bien el supervisor de su gabinete, o bien un mero secretario general del gobierno, que espera demandas e iniciativas para darles forma de expediente. Lo primero es lo que, clásicamente, han hecho los primeros ministros. "Sois todos ministros, pero yo lo soy más que vosotros", sería el lema simplificado. Pero lo segundo (cuyo lema podría ser: "Pédidme cosas, yo sé hacer de todo") es lo contrario a la noción de gobierno, pues propone una imagen de gobernante que no sabe lo que hay que hacer, que ignora lo mejor posible y que no tiene expectativas ante la realidad, que, precisamente, ha de gobernar. El secretario general del gabinete propone una imagen de ausencia de gobierno o de un manejo más bien secretista y solapado de la cosa pública.

La campaña de Aznar intentaba asociar a los socialistas (españoles de segunda fila) con la corrupción y el terrorismo de Estado, oponiéndoles una imagen de España incorrup-

tible y pacífica. A los pocos meses de gobierno, el PP debe seguir ocultando los documentos que, conjuntamente, prueban aquella corrupción y aquel terrorismo, en tanto dos de sus ministros fundamentales —Exteriores y Defensa— son señalados por la sospecha profesional de algunos medios que auparon el desplazamiento de Felipe por Aznar.

Esta movida de fichas impone, desde luego, un nuevo cambio de discurso. Ya no importa hacer justicia sino cancelar los vicios del pasado y mirar hacia un porvenir mejor. Acercamiento a los nacionalistas, indiferencia ante los pecados de los socialistas, ajuste para la mayoría y ventajas para unos pocos, son el lote de novedades re-

convertidas que Aznar y su gobierno tienen para ofrecer a la opinión pública. O sea, todo muy a ras de tierra, muy pedestre y muy, en sentido restringido de la palabra, *político*. La dificultad reside en conciliar los altos vuelos de los globos sonda con el paso terrenal de la caminata diaria, pues desfiles festivos hay muy pocos por año. 

Naufragios y Rescates

NOTAS

JOSÉ GOROSTIZA



De los papeles que se conservaron de Gorostiza (1901-1973), rescaté lo que fue posible de los poemas que dejó en proceso en una nueva edición, ahora titulada *Poesía completa, que acaba de aparecer en la colección "Letras mexicanas" del Fondo de Cultura Económica.*

Junto a esos poemas se conservan unas cuantas hojas, por desgracia ilegibles en su mayor parte, en las que ensayaba ideas para su novela "Querrela de diosas", que redactó entre 1933 y 1938 y que, como se desprende de algunas cartas de su Epistolario 1918-1940 (publicado el año pasado por Conaculta), estuvo a punto de entrar a la imprenta.

Entre esos papeles figura una hoja, escrita con su misma caligrafía de agente secreto, de la que no fue tan difícil extraer los párrafos que hoy alcanzan la ribera salvadora del papel.

GUILLERMO SHERIDAN

Las ideas nos describen; no representan nada real; estereotipias; no originalidad ni libertad, sino excepcionalmente; *inutilidad de las ideas*; fanatismo de tontos. —En el hombre de ideas empieza a corromperse la sociedad. [Su interés nace de la pasión que defiende.]

*

Burguesía.—Su eficacia en el pasado.— Su moral se corrompe, se vuelve licencia; en otras ocasiones disfraz (ideas conservadoras de Ermilo [Abreu Gómez], que lo definen como un burócrata del tipo burgués en el momento mismo que él cree hacer alarde de revolucionarismo).

*

Sangre nueva de los bajos fondos humanos; punto de vista de los que conocen el presidio, los hospitales, el hambre, la muerte; que viven en las goteras de la sociedad en donde esas cosas comienzan. —La burguesía al otro lado, inmune.

*

X[avier] V[illaurrutia] no asiste a entierros, no despide amigos en la estación, etc.

*

El reclame capitalista que ordena: use usted jabón Palm-Olive; vista usted de este modo; cátese con una mujer así; guarde usted dinero; coma en esta parte. 

LA NUEVA PRIMAVERA DEL JANSENISMO

FERNANDO ESCALANTE GONZALBO



Concluyó hace poco, en la Ciudad de México, el Congreso Nacional Indígena; una junta política más o menos confusa y desarreglada, acaso decepcionante para algunos. Después del escándalo y la agitación de los días previos, todo quedó, al parecer, en agua de borrajas: una serie de declaraciones, de énfasis y solemnidad prietas, algunas exigencias descabelladas y el conocido forcejeo de los varios notables y mandones por llevarse el gato al agua. Más o menos lo que sucede siempre que se junta un grupo de políticos.

Los indigenistas, sin embargo, vieron cosas muy distintas que los demás y casi milagrosas: "hablaron quienes no hablaban, escribieron quienes no escribían, actuando y cambiando a nuestro país y al mundo entero." (Y lo dice no un agitador de medio pelo sino un académico eminentísimo.) "Lo están haciendo [cambiar al mundo, se entiende] con una sabiduría, con una prudencia, con una energía que van a ser admirables en la historia del ser humano."

Quizá el Congreso hubiese cambiado al mundo, pero es improbable. Tanto, que admira y suspende el ánimo la grandilocuencia de ésa y otras declaraciones parecidas.

Las desmesuradas muestras de amor que inspiran los indígenas a nuestros letrados, el entusiasmo artificioso y bobalicón con que se festeja que hagan política —como si no la hubiesen hecho nunca y fuese un logro inaudito— hace pensar que sus intérpretes y defensores no se los toman en serio y que, por lo

mismo, sus cabecillas no les merecen la misma distanciada suspicacia que los demás políticos. Como si pudiéramos pasarnos con proclamar todos nuestras buenas intenciones.

Peor aún: se diría que tomarse en serio los problemas indígenas como problemas políticos resulta moralmente condenable. Parece obligatorio celebrar cualquier cosa que quiera hacerse en su nombre, con una fe ajena y opuesta a la razón, y suponer que, a diferencia de lo que ocurre en toda sociedad compleja, los indígenas están unánimemente de acuerdo con lo que pretenden sus representantes. No cabe, al parecer, sino ser un amoroso, intransigente indigenista o un racista de vocación criminal.

Es raro el retorcimiento de las razones y los estribillos retóricos; el timbre emocional de los discursos de una buena porción de intelectuales; la propensión hacia las efusiones sentimentales característica de un cierto indigenismo, más o menos reciente, que en mucho recuerda a los misioneros del siglo dieciséis y en mucho también a las peculiares formas de fervor del jansenismo: un lenguaje plagado de culpa y maldad y pureza que resulta particularmente inapropiado para habérsela con las complicaciones y enredos de este mundo. Raro, y peligroso.

Los acentos religiosos se notan más o menos, según el caso, pero el tono emotivo es común, y no por accidente. Es el único recurso asequible para suavizar o, al menos, disimular las contradicciones más

gruesas de sus argumentos: un recurso, digámoslo con franqueza, de extorsión moral con obvios y utilísimos acentos antiintelectuales. Puesto en una nuez, el problema consiste en que el nuevo indigenismo es un producto tardío de la civilización occidental aunque sus razones se enderezan por entero y de manera especial contra Occidente.

Esa secreta ambigüedad aparece, de manera transparente, en la declaración categórica de la representante del EZLN: "Queremos vivir como seres humanos" dijo, y de eso se trata, en efecto. La frase sirve bien como lema para resumir las aspiraciones de quienes asistieron a dicho Congreso. Pero la hipérbole sólo tiene sentido en el lenguaje moral de Occidente, que hace de lo Humano, sin más, el criterio radical para decidir controversias normativas. Más aún, los contenidos concretos que se asocian a ese "vivir como seres humanos" corresponden al modo de vida singularísimo de la Modernidad Occidental: prosperidad económica, igualdad de oportunidades, acceso a la educación, atención médica...

Desde luego, el lenguaje moral de Occidente no es unívoco y se ha prestado, desde hace mucho, para justificar una surtida colección de disparates y atrocidades. Por eso mismo conviene reparar en la ambigüedad.

Sería largo pasar revista a la serie de quejas y exigencias que resumió el Congreso en sus conclusiones. Pero vale la pena notar que su apoyo fundamental está en la retórica de los Derechos Humanos, con

cuyo auxilio se razona a fin de cuentas la necesidad de suprimirlos o, para ser justos, supeditarlos a muy estrechas condiciones.

En primer lugar se pide allí, de varios modos, que se aseguren condiciones de aislamiento económico, político y cultural para los pueblos indígenas, con la garantía de una sanción jurídica de la segregación y la discriminación étnica. A continuación, suprimida la igualdad ante la ley, se pide la eliminación de las garantías procesales y el derecho de propiedad privada de la tierra para los indígenas. Por último, en varios párrafos, se pide que la legislación reconozca una serie de privilegios asociados a la condición étnica, que se deroguen las leyes de protección ambiental y que se organice de manera corporativa la distribución de los recursos públicos.

Todo ello ha sido aplaudido sin reparos no sólo por los notables indígenas, que tienen sus razones, sino por una considerable cantidad de intelectuales criollos y periodistas que podrán despistarse en otras cosas, pero suelen saber de que pie cojea la Opinión Pública. Como a nadie le ha parecido absurdo ni peligroso, sólo queda suponer que nadie ha considerado el asunto seriamente.

La reacción tiene todo el aspecto de un mecanismo reflejo. Ese extenso, callado acuerdo acaso no sea otra cosa que el eco del maniqueísmo simplón de la Historia Patria, una postrera consecuencia de la demagogia nacionalista que sirve para hacer creíble la premisa radical del nuevo indigenismo: la civilización occidental es mala, básicamente racista y opresora y, por oposición, las exigencias de los indígenas —y su forma de vida— son buenas.

Como tendencia intelectual, el nuevo indigenismo es una variación vulgar del "multiculturalismo", escorado hacia formas primitivas de religiosidad, que junta los alambicados disparates posmoder-

nos con las efusiones contraculturales y un vigoroso ramalazo populista. Es atractivo, por eso, para antiguos adeptos del marxismo y agitadores estudiantiles, por ejemplo, para artistas sin mercado y políticos sin votos. Sirve, en su denuncia de la civilización, como coartada para el resentimiento y, por impracticable, como justificación de un activismo perpetuo.

Podría alegarse que la civilización occidental, lejos de ser singular por su vocación racista y esclavizadora, lo es por haber abolido la esclavitud y por mantener a trancas y barrancas la aspiración de la igualdad y el lenguaje de los derechos universales. No tendría mucho caso: nadie está dispuesto a dejarse persuadir por razones. El nuevo indigenismo no resulta de una convicción intelectual, sino de hondas necesidades afectivas.

Aceptada la simpleza de los buenos y los malos, lo demás es co-ser y cantar. Empezando por la disparatada idea de que la riqueza de una cultura depende del aislamiento, de la separación física, la segregación jurídica y la inmovilidad y que necesita, por tanto, ser defendida en esa condición por los poderes públicos. Una idea muy curiosa, que sólo tiene visos de sensatez mientras se suponga que son unos buenos y otros malos, que conviene por eso mantenerlos apartados y que las varias culturas, además de incomparables en su valor, son por naturaleza enemigas.

Para semejante modo de pensar, el atraso, la miseria, las carencias múltiples de los pueblos indígenas resultan sobre todo de su contaminación por el mal, del avasallamiento inicuo de Occidente. Se desestima el hecho de que el parasitismo de los caciques, la violencia y otras incontables deformidades no son el motor sino un lastre del modelo jurídico occidental. Pero también resulta difícil ver y más aún explicar las probables conexiones entre esas adversidades y malogros

y algunos rasgos característicos de las culturas indígenas.

La nueva retórica indigenista está bien atrincherada contra todo ello porque su maniqueísmo es consciente y razonado. Basta como ejemplo el panfleto del Instituto Nacional Indigenista que explica el conocido Convenio 169 de la O.I.T. Redactado como el Ripalda, a base de preguntas sencillas y respuestas categóricas, aborda entre otros temas el del trabajo forzoso y dice, a la letra, que la prohibición de servicios personales obligatorios "se refiere a los que pretendan imponer los patrones o el estado de manera forzosa", pero "se excluye del trabajo forzoso a los pequeños trabajos comunales realizados por los miembros de una comunidad".

Decir, con todo mimo y precaución, que los trabajos son "pequeños" seguramente tranquiliza la conciencia de los antropólogos que escribieron el catecismo, pero no pasa de ser un engañoso. Puestos ante la oposición lógica y jurídica de los usos y costumbres y los Derechos Humanos, y ante sus lamentables consecuencias prácticas, los nuevos indigenistas tienen no más que evasivas para confortar el espíritu de sus adeptos; la más habitual entre ellas, por supuesto, es que las expulsiones masivas, la intolerancia religiosa, la poligamia, los juicios por brujería, la pena de muerte, los azotes, etc., son excepciones cuya rara ocurrencia podrá regular alguna ley.

Una confusión típica, de muy enredadas consecuencias, consiste en contar como Derechos Humanos "derechos colectivos", con cuyo argumento se expide el reconocimiento de los pueblos indígenas como sujetos de derecho. Con meditada ambigüedad se habla de autonomía y merced a un discutible, arriesgado razonamiento analógico, se trae a cuento el principio de autodeterminación de los pueblos, recurso sabido y necesario para poner al socaire a la Soberanía estatal. De

modo que, en el fondo, el problema es el de la jurisdicción; se intenta sustraer a los indígenas de la jurisdicción del Estado para someterlos a cambio a otra autoridad política.

Parece obvio a todos que con eso se procura ofrecer recursos a los pueblos (buenos) para que se defiendan del Estado y de los extraños (malos); al mismo tiempo y por la misma razón, quíerese o no, se conceden derechos a ese "sujeto colectivo" frente a los individuos que lo componen. Y según puede apreciarse, los indígenas díscolos, egoístas, conversos y "aculturados" son una amenaza más próxima, más cotidiana y sobre todo mucho más fácil de combatir; cosa que entraña muy graves peligros a menos que imaginemos que los indígenas, por serlo, carecen de ambición o mala fe.

El nuevo indigenismo no duda en este caso tampoco: los pueblos

indígenas son buenos y los indígenas que, mezquinos, no quieran separarse de la jurisdicción del Estado, son malos y puede castigárseles en consecuencia. Como todo otro credo religioso, también este nuevo jansenismo indigenista prefiere la incorruptible perfección de los entes abstractos.

La retórica de la culpa, la expiación y la pureza ofrece indudables satisfacciones morales, tanto más apetecibles cuanto que son otros quienes van a pagar las consecuencias. Pero no es sólo hipocresía ni fatiga espiritual lo que hay en el nuevo indigenismo: también sólidos y tangibles intereses que buscan abrirse camino.

Se diría que el resultado del barullo será más bien turbio, descalabado y mediocre; algo ganarán los indígenas —enhorabuena— y una porción considerable de la clase política. Numerosos antropólo-

gos hallarán empleo como asesores, peritos culturales, promotores o burócratas; muchos notables y caciques indígenas tendrán también su lugar en el presupuesto y en la puja por la influencia, y más de un agitador profesional encontrará el modo de llevar agua a su molino. Cosas todas ellas que no son en sí buenas ni malas: la política en una sociedad compleja tiene mucho que ver con el gasto público y con las ambiciones privadas de los intermediarios que se ocupan en ese forcejeo; tie-ne mucho que ver también, entre nosotros, con la ansiosa urgencia de movilidad de la clase media.

Conviene considerar eso, lo que significa en términos de empleo público, instituciones políticas, recursos fiscales, aunque sea sólo para reducir el potencial de violencia que encierra la discusión desnuda, abstracta, acerca de la justicia. ▀

CARTA DE ISLANDIA

ELIOT WEINBERGER



Snaefellsnes Peninsula. Islandia ha creado la sociedad más perfecta del mundo, de la cual el resto del mundo nada tiene que aprender. Pues Islandia es Islandia, accidente afortunado de una historia y una geografía imposibles de igualar en otra parte y no digamos de repetir.

Ningún otro grupo étnico tan reducido posee un estado-nación propio enteramente independiente. Sólo hay 250 000 islandeses, 15 000 de los cuales viven en Reykjavik y sus alrededores. La segunda ciudad, Akureyri, conocida por su escenario artístico y su vida nocturna —es su Barcelona— tiene 14 000. En el

resto del país hay poca gente, y el páramo, enteramente sin árboles, de volcanes, cascadas, campos de lava humeantes, géiseres, glaciares y témpanos, se diría el confín de la tierra, como si recorriera uno el Tíbet. Casi todos los caminos están sin pavimentar.

Sin embargo, se trata de un país escandinavo donde todo funciona y el estado protege a todos desde que nacen hasta que mueren. No hay desempleo ni pobreza ni riqueza ostensible, sí educación superior universal. El consumo y la producción de libros son, con mucho, los mayores del mundo. La gente vive más

que nadie. Gracias a la calefacción geotérmica del país entero, no hay contaminación.

La no violencia: ni ejército ni armas de fuego, muy pocos delitos. Todos los presos, salvo los peligrosos, pasan los días festivos en casa; los niños pequeños van por la ciudad solos. Desde la supuesta era del matriarcado, fue la primera sociedad en conceder iguales derechos a las mujeres; ya hace mil años que podían entablar el divorcio y quedarse con la mitad de las propiedades. Fue la primera nación que tuvo una presidenta y la única con un partido político sólo de mujeres re-

presentado en el parlamento. Fueron los islandeses quienes inventaron los parlamentos.

Cosa casi increíble, es una sociedad capitalista de consumo sin exceso. Tienen de todo, pero de sólo una o dos clases. Viven sin el frenético bombardeo de las marcas en competencia y el consecuente miedo de no haber escogido lo mejor. La pesca y la ganadería ovina, principales exportaciones y ocupaciones tradicionales, ocupan ahora nada más a una fracción de la población. El resto de la diminuta fuerza de trabajo debe encargarse de todos los papeles de una sociedad moderna: embajador, plomero, anestesiólogo, programador, violonchelista, guardia. Hay una estación de televisión, un director cinematográfico bien conocido, un novelista laureado Nobel, una estrella internacional de rock. En Islandia la vida moderna está completa, pero se vive a escala tribal.

Como buena tribu, esta sociedad se arraiga en lo arcaico. Acaso será el único pueblo tecnológico del mundo que podría entenderse a la perfección con sus antepasados de mil años atrás, pues el islandés no ha cambiado desde que se desgajó del antiguo noruego. Su alfabeto conserva dos letras que nadie más usa ya. La ley exige nombres tradicionales, ateniéndose al sistema antiguo de nombre, más nombre del padre, más "hijo" o "hija". La gufa telefónica ordena a la gente por nombres, no apellidos, siempre iguales. Olaf Magnusson, Magnus Olafson, Greta Olafsdottir. Se diferencian porque se conocen.

Isleños, se encierran en sí mismos. En el siglo XIII produjeron una amplia literatura, distinta del resto

de la europea, que los describía detalladamente. Son las sagas, relatos no acerca de héroes particulares o de dioses, sino de individuos ordinarios, de la gente real que se había establecido en la comarca deshabitada doscientos años antes. Hay centenares de sagas, entrelazadas todas: las mismas historias son narradas desde diferentes puntos de vista; alguien mencionado de paso en una de ellas se vuelve protagonista de otra. Es una enorme "comedia humana" de amor, ambición, ira, codicia, matrimonios y ajustes de propiedad, viajes y venganza, funerales, festivales, asambleas, raptos, sueños proféticos y coincidencias extrañas, pescado y borregos. En Islandia casi todo el mundo descende de aquellos, sabe sus historias y las de lo ocurrido desde entonces.

Se viaja por Islandia llevando una gufa para el visitante, notable libro que equivale a una compañía venerable que acompaña paso a paso por todos los caminos del país. Islandia tiene escasas construcciones, museos o monumentos dignos de mención. Lo que tiene son colinas, ríos y rocas, todo con su historia que la gufa relata. Aquí hubo un puente de piedra que se desplomó tras un acusado de homicidio que huía, probando así su inocencia. Aquí vivía un muchacho con tal poder mágico que podía secar la hierba. Aquí murió un hombre en una borrasca de nieve, sin saber que estaba a pocos pasos de su casa. Se dice que hay dos cofres de plata escondidos en esta colina. En este manantial hirviente cocía la carne un proscrito famoso. Aquí hubo que enterrar a un hombre porque los caballos que llevaban su cadáver no quisieron dar un paso

más. Aquí a un hombre que robó más ganado del que necesitaba lo mató un chico de doce años. En esta granja no quisieron recibir a una viajera embarazada y por la noche los sepultó un deslave. Por aquel risco se ha visto a un hombre que lleva la cabeza debajo del brazo. Aquí vivía un clérigo celebrado en el extranjero por su remedio de aceite de hígado de bacalao y conocido también por haber secuestrado a su novia. Aquí vivió un popular cartero del siglo XVIII.

¿Qué otra sociedad moderna habita tan plenamente el paisaje en donde vive? ¿Dónde más recuerda todavía la clase media?

Sir Richard Burton se quedó pasmado. William Morris aprendió el idioma y tradujo algunas sagas, pero prefería la lectura a sus dos visitas. Julio Verne nunca estuvo pero puso la entrada hacia el centro de la tierra en el volcán Snaefells jökull. Trollope acudió, ya entrado en años, y escribió alegremente de comilonas y mujeres guapas, aunque lo escandalizó no hallar ningún banco. Aquí el joven Auden, justo antes de la guerra de España, escribió su libro más extraño.

Cuecen el pan poniéndolo en el suelo; el tiburón lo prefieren podrido. Desconocen el uso de plaguicidas. Casi todas las mujeres tienen su primer hijo antes de casarse. No dejan que haya perros en la capital. Tienen los ojos exactamente del matiz azul pálido de un témpano. Creen en una Gente Escondida. A los caballos les sale pelo largo en invierno y duermen echados. Nunca he visto tantas clases de musgo. ■

TRADUCCIÓN DE JUAN ALMELA